

La cultura política norteamericana de la guerra fría (Lo que el viento no se llevó)*

Jorge Hernández Martínez, Director del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU), Universidad de La Habana

*A la memoria de Roberto González Gómez,
maestro y amigo,
estudioso ejemplar de la política internacional,
la historia mundial y el acontecer estadounidense
Con respeto, admiración y amistad.*

El presente ensayo resume la argumentación que se desarrolla en un trabajo en curso, de mayor envergadura, por lo que constituye solo un breve avance de investigación. Su propósito es esbozar las bases interpretativas de un estudio más amplio, por lo que no incluye en su versión actual el despliegue de los análisis que validarían en toda su extensión, a nivel empírico, la aplicación de los presupuestos teóricos y la hipótesis de trabajo que aquí se exponen. En tal sentido, no tiene pretensiones de exhaustividad ni de conclusividad. Más bien se propone problematizar un tema que resulta polémico en la agenda de los estudios americanos, y motivar su escrutinio desde las perspectivas de la indagación historiográfica y sociológica. Para ello, se interpelan procesos y momentos de la historia y la contemporaneidad de los Estados Unidos, a partir de una interpretación que procura situar la cultura política de la *guerra fría* norteamericana en su contexto real. Con la intención de contribuir al intercambio de criterios y propiciar el debate académico en torno al tema es que se han organizado las siguientes notas.

I

Como denominación que resalta el clima tensional, de índole bipolar y geopolítica, que caracteriza al cambiante sistema internacional luego de la culminación de la segunda guerra mundial, el término de *guerra fría* adquiere una indiscutible carta de ciudadanía en los medios políticos, académicos y periodísticos, aun y cuando sus contenidos, de manera rigurosa, sean con frecuencia ambiguos, imprecisos, engañosos, y casi siempre polémicos.

*Las ideas centrales del presente artículo fueron presentadas en forma de ponencia en la IV Conferencia de Estudios Americanos, auspiciada por el Centro de Estudios sobre América (CEA), en noviembre de 2005. Las mismas se integran en un trabajo más extenso, referido a aspectos de la historia y la cultura de los Estados Unidos, cuya motivación intelectual agradecerá siempre el autor al Dr. Roberto González Gómez, profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI).

Para unos se trata de un período que concluyó en las postrimerías de 1962, con el fin de la crisis de octubre. Para otros, su vigencia se extendió un poco más, hasta el comienzo de la etapa conocida como de distensión internacional, asociada a la administración Nixon y a las concepciones multipolares de Kissinger, al concluir el decenio de 1960. Según la mayoría de los autores, dicha guerra se prolongó hasta el desplome del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la Unión Soviética, a comienzos de la última década del siglo XX.

Por encima de las discrepancias, se ha compartido el criterio común que identifica a la agresiva política exterior norteamericana, estructurada desde 1947, en torno a la llamada contención al comunismo —inspirada en las ideas de Kennan y en la ejecutoria del gobierno de Truman— como al principal responsable de la articulación de la mencionada atmósfera de tensión, extendida a nivel mundial. El pretexto, como se sabe, argumentaba el requerimiento de la fuerza militar, de un esquema estratégico para enfrentar la nueva fuente de la amenaza que surge, una vez derrotado el fascismo.

Aunque la paternidad de la noción de *guerra fría* —en un sentido más conceptual que terminológico— se le atribuye, de modo consensual, al conocido publicista Walter Lippman, otros autores de similar celebridad (principalmente del ámbito académico) han reafirmado su pertinencia analítica, como William Appleman Williams, John Lewis Gaddis, Stanley Hoffman y Arthur Schlesinger, Jr., entre los más notorios.¹ Más allá de su carácter metafórico y de las diferencias de matices interpretativos, lo más sustancial es que dicha noción alude, como lo definiera Roberto González Gómez (autor cubano que trató el tema con mayor permanencia y profundidad), “a una forma de conflicto peculiar en que no se llega a la guerra, en el sentido de general y mundial, pero que se desarrolla bajo agudas tensiones que excluyen verdaderas relaciones pacíficas. En suma, una situación de ni paz ni guerra”.²

¹ Entre los principales y más conocidos trabajos al respecto, podrían consultarse los siguientes: Walter Lippman, *The Cold War: A Study in the U.S. Foreign Policy*, Harper, New York, 1947; William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, Delta, New York, 1972; John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War (1941-1947)*, Columbia University Press, New York, 1972; y también del propio J. L. Gaddis, “The Emerging Post-Revisionist Synthesis of the Origins of the Cold War”, *Diplomatic History*, Vol. 7, No. 3, Summer, 1983, y *The United States and the End of the Cold War: Implications, Reconsiderations, Provocations*, Oxford University Press, New York, 1992; Fred Halliday, *The Making of the Second Cold War*, Verso London, 1986; Arthur M. Schlesinger Jr., *Los ciclos de la historia americana*, Editorial REI, Argentina, S.A. 1990.

² Roberto González Gómez, *Estados Unidos: Doctrinas de la Guerra Fría (1947-1991)*, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 17.

Son disímiles las aproximaciones al tema desde la historiografía, la ciencia política y la teoría de las relaciones internacionales; en consecuencia, diversas son las propuestas de conceptualización y periodización que coexisten en la literatura especializada.³ Sin embargo, en la mayor parte de las obras, sus autores convergen en la argumentación acerca de lo que se considera un lugar común: la guerra fría terminó, y su fin se ubica en el proceso que se gesta entre 1989 y 1991, al desaparecer una de las dos superpotencias que encarnaban la confrontación de la misma: la Unión Soviética y el sistema socialista que encabezaba. Bajo esta óptica, la bipolaridad concluía, el mundo se tornaba unipolar, y con diferentes enfoques —desde los enfoques revitalizados sobre el fin de las utopías (Karl Mannheim) y de las ideologías (Daniel Bell) hasta la tesis sobre el fin de la historia (Francis Fukuyama) y el choque civilizatorio (Samuel Huntington)— el nuevo término, de *posguerra fría*, es el que prevalece a la hora de designar, a partir de los últimos quince años, el actual clima mundial.

El presente trabajo se adscribe al criterio de que el enfoque anterior resulta esquemático y reduccionista, en la medida en que no consigue retener la complejidad inherente a lo que aún sigue siendo una etapa —prolongada y muy contradictoria— de transición internacional, que aún no ha logrado cristalizar en una nueva dimensión cualitativa que permita anular los significados que se le atribuían al período de *guerra fría*. Estas reflexiones se afianzan en una visión que al leer la coyuntura y tendencias mundiales que tienen lugar desde inicios de la década de 1990, atiende más a la continuidad que al cambio, y resalta la significación de hechos como la guerra del Golfo Árabe-Pérsico, las invasiones norteamericanas a Afganistán y a Irak, en un contexto en el cual se aprecian situaciones en las que podría afirmarse que, lejos de amortiguarse, la *guerra fría* se ha hecho, al decir de un politólogo como Jorge I. Domínguez, aún más fría, como se aprecia en el caso del histórico conflicto entre Cuba y los Estados Unidos.⁴

No obstante, bajo esa premisa, como probablemente ya se habrá percatado el lector, las presentes páginas no se ocupan de la *guerra fría* como tal, sino de

³ En el ámbito de las ciencias sociales en América Latina, las reflexiones sobre el tema se reavivan en la década de 1980, como parte de las interpretaciones realizadas sobre la crisis de hegemonía norteamericana y la profundización de ópticas agresivas, que llevaron a muchos autores a hablar de un período de “segunda” o de “nueva” guerra fría. Entre los más destacados podría mencionarse a José Miguel Insulza, Luis Maira, Arturo Borja, Antonio Cavalla, Raúl Benítez, Lilia Bermúdez, Atilio Boron, Gregorio Selser. Aunque no se concentran directamente en este análisis, se refieren al tema en la actualidad especialistas latinoamericanos como los ya mencionados Atilio Boron y Luis Maira, junto a Emir Sader, Ana Esther Ceceña, Luis Fernando Ayerbe, entre otros.

⁴ Jorge I. Domínguez, “U.S.-Cuban Relations: From the Cold war to the Colder War”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 39, No. 3 (autumn), 1997.

aquellas expresiones que exhibe la sociedad norteamericana, sobre todo en el ámbito de las percepciones, ideas y doctrinas políticas, constitutivas de una suerte de tronco común, que pueden considerarse como manifestaciones y nutrientes que forman un tejido ideológico, psicológico, cultural. Es decir, el análisis se dirige a examinar, desde una perspectiva histórica y sociológica, a la cultura política estadounidense, en cuya presencia contemporánea se siguen reproduciendo muchos de los códigos de la *guerra fría*.

Cuando se habla de cultura política, generalmente se le comprende desde las ciencias sociales como una síntesis, conformada por un conjunto de orientaciones, pautas y valores —relativamente estables—, que caracterizan las relaciones entre los diversos grupos sociales con respecto al poder político, y que condicionan la experiencia del desarrollo político de la sociedad.⁵ Dicho de otro modo, es un punto de referencia clave para comprender el sustrato subjetivo del sistema político, para entender los contenidos doctrinales, los soportes ideológicos que nutren, pongamos por caso, la imagen de los intereses nacionales, el discurso en torno a la seguridad nacional, las actitudes que refleja la población a través de las encuestas referidas al liderazgo político del país, o los argumentos que alimentan la política exterior.⁶

Desde ese punto de vista, es que se asume en este análisis que la cultura política de la guerra fría, en los Estados Unidos, puede ser definida por el conjunto de valores y convicciones que se expresan desde finales de los años de 1940, a través de la ideología y la psicología social que de modo dominante se difunde e interioriza en la sociedad norteamericana, marcando a nivel interno y externo una cosmovisión simplificadora de intolerancia, chauvinismo, puritanismo, expansionismo y agresividad, que incluso antecede a la segunda guerra mundial. Por supuesto, este proceso no tendría lugar de manera lineal, masiva, homogénea, sino que se conforma a través de un proceso contradictorio de socialización, en el que se mezclan la inculcación de valores, el quehacer de las instituciones educacionales, los medios de comunicación, los círculos políticos.

Como hipótesis, se parte de que los contenidos de la cultura política norteamericana en que se sostiene la doctrina y la práctica de la guerra fría, están prefigurados con anterioridad incluso a la década que sigue al fin de la

⁵ Entre los autores y trabajos que definen el concepto puede verse: Gabriel Almond y Sydney Verba, *La Cultura Cívica*, Fundación de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada, Madrid, 1970; L. Pye y S. Verba, *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, 1965, Ronald Inglehardt, “The Renaissance of Political Culture”, en *American Political Science Review*, No. 4, Vol. 82, December 1988.

⁶ Nos apoyamos en la revisión y análisis bibliográfico que realiza Carlos Cabrera en su trabajo sobre la cultura política, contenido en el libro compilado por Thalía Fung, *Ciencia Política. Visiones desde el Sur*, Ed. Félix Varela, Ciudad de La Habana, 2004.

segunda guerra mundial, formando parte de un cuerpo ideológico y psicológico consustancial a la peculiar historia de los Estados Unidos. Ese tejido está condicionado por la base clasista y la fisonomía nacional de ese país, que encuentra su auge en el proceso de transición imperialista que tiene lugar a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Así, la situación que sobre la que se levantan los Estados Unidos en la segunda posguerra, junto a las oportunidades y desafíos que encaran, no son más que el terreno fértil para que cristalice un ideario de superioridad y una vocación de hegemonismo que se plasman en lo que se conocerá como *guerra fría*, pero que poseía una corporeidad propia desde tiempo antes, cuando aún no se le identificaba bajo esa denominación. Es por eso, para expresarlo de modo rápido y gráfico, que la cultura política implicada no desaparece ni se modifica al llegar “el fin” de la guerra fría. Y es que la cultura de la guerra fría norteamericana, en rigor, no nació con esta. Lo que sucedió es que con la guerra fría cuajó una visión, una doctrina, una práctica —¿una autoconciencia? — que estaba anticipada desde mucho antes, y que se expresaba con bastante nitidez, por ejemplo, en el contexto de la primera guerra mundial —antes y después de la misma, incluidos los llamados “alegres” años del decenio de 1920.

Dejando a un lado las diferencias en las expresiones fenoménicas y contextuales, lo que ocurre es algo parecido a la permanencia histórica de la identidad sureña, comúnmente definida a partir de su referencia a la esclavitud como relación social de producción, que desaparece con la guerra civil. Con frecuencia se ha dicho, desde la literatura y la historia en los Estados Unidos, que el Sur de ese país es “un pueblo mitológico, creado mitad de sueño y mitad de calumnia, el cual aún vive en una tierra legendaria” (Jonathan Daniels, George B. Tindall), refiriéndose al hecho de que el mayor peso de la mitología sureña todavía estriba en aquellas categorías predominantes prescritas por el conflicto seccional del siglo XIX: el mito romántico de la plantación y de la gente de rancio abolengo, de una parte; y de otra, el anverso y en muchos aspectos, similar mito abolicionista de la plantación, como símbolo de la barbarie. Como quien dice, la imagen del soleado Sur contra la imagen del Sur de las tinieblas. La representación cultural (literaria o cinematográfica) es quizás la que mejor lo sintetiza: la visión idílica que ofrece la novela de Margaret Mitchell, *Lo que el viento se llevó* (o su versión para el cine, seguramente más conocida), contra el abordaje trágico que nos legaba el libro *Raíces*, de Alex Haley (o el serial televisivo, también más popularizado), cuyo guión elaboró el propio autor.

Salvando distancias lógicas, y siguiendo esa metáfora, podría decirse también, en cierto modo, que los Estados Unidos, como nación, son un pueblo mitológico, creado mitad de sueño y mitad de calumnia, y que aún sigue

viviendo en una tierra legendaria. De un lado, el sueño americano, el país de las oportunidades, de la libre expresión, el paradigma de la democracia. De otro, la pesadilla del imperio que creció a costa de la expansión territorial, del exterminio de la población india autóctona, del genocidio contra los esclavos de origen africano, el país del racismo, de la intolerancia.

Lo que el viento se llevó aludía, como mensaje, a la nostalgia con que los sectores de poder sureños veían disolverse, evaporarse, perderse, el estado de cosas predominante hasta el momento que antecedió a la guerra civil. Se refería a la sensación de añoranza, de idealización de un pasado, en el que se incrustaba la identidad sureña, con sus componentes de ideología y psicología social; en los que se fundían el racismo, la idea de la superioridad racial, étnica, religiosa —que en gran medida es patrimonio de toda la clase dominante estadounidense— que se había perdido junto a la esclavitud. Pero en realidad, bajo tal percepción no se hacía otra cosa que reforzar el mito mencionado, desde el ángulo del sueño, desde el lado “soleado” del Sur, no de sus tinieblas. Como ha expresado Louis Rubin, con razón,

si la identidad regional sureña hubiera dependido de la esclavitud, esta habría desaparecido con la derrota de la guerra y el fin de la esclavitud. Pero no fue así. La derrota militar fue devastadora y catastrófica. El costo fue enorme y horrendo y la recuperación tomaría generaciones. Sin embargo, en la derrota, el Sur no solo retuvo su sentido de identidad, sino que le agregó el mito de la causa perdida, un sentido de afectos y lealtades legado a través del sufrimiento, y una unidad proveniente de la privación, el odio compartido y la adversidad. Esto no era exactamente lo que tenían en mente los partidarios de la secesión, pero si su objetivo era preservar la identidad sureña, sin duda lo lograron”.⁷

Algo semejante ocurre al concluir la guerra fría, en los términos en que habitualmente se comprende este hecho histórico, asumiendo que con el desplome del sistema socialista en Europa del Este y con la desintegración de la Unión Soviética como Estado multinacional desaparece la bipolaridad en torno a la cual se organizaba, como estructura geopolítica, el orden internacional establecido luego de la segunda guerra mundial, basado en el lenguaje de las tensiones, de las confrontaciones, de la denominada contención al comunismo, del conflicto entre sistemas opuestos. Los Estados Unidos

⁷ Louis D. Rubin, *El Sur de los Estados Unidos. Retrato de una Cultura*, El Ancora Editores, Bogotá, 1994, p. 37.

perdían al contrincante, se diluía el sentido del antagonismo global y hasta se le dificultaba articular su política exterior, como gran potencia. En este sentido, cabría decir que, en un rápido símil, si la agresividad e intolerancia norteamericana (junto a otras codificaciones de la época de guerra fría) hubiera dependido de la existencia del comunismo internacional, de aquella percepción de la amenaza, habrían desaparecido entonces al concluir la llamada guerra fría. Pero no fue así. Los Estados Unidos no solo han mantenido la identidad y la cosmovisión a ella asociada, en términos de visiones y aspiraciones de hegemonía, prepotencia, superioridad y disposición al uso de la fuerza, en todas sus expresiones; sino que han profundizado su discurso glorificador y sus prácticas políticas, hacia dentro y hacia fuera del Estado nacional, retomando esquemas que, con sus particularidades, reditan las viejas codificaciones, emblemáticas de la cultura política de la guerra fría.

II

Aunque podría parecer esquemático (y tal vez lo sea), en estas páginas se considera que la configuración histórica de los Estados Unidos, sus antecedentes coloniales y en particular, el proceso de formación de la nación, junto a las peculiaridades de la etapa que media entre la revolución de independencia y la guerra civil, le confieren a la cultura política de ese país una estructura y unos contenidos que son definidos a partir del llamado “credo” norteamericano, con una mezcla de orientaciones liberales y conservadoras, cuya explicación se profundizará más adelante. La matriz de esa cultura, si se quiere, contiene los elementos o componentes que harán legítimo, tiempo después, la apelación a las codificaciones que hace suya la doctrina y la política norteamericana que promueve los aires de guerra fría, luego de la segunda guerra mundial.

Si se repasan algunos antecedentes bajo una lectura que trate de retener claves definitorias de las percepciones y valores que se forjan en la historia política y cultural estadounidense, referidas a las “amenazas” a los intereses y la seguridad de la nación, está clara la puntualización del enemigo “externo”, a partir de la manera en que se identificaba, en el marco de la revolución de independencia, a la metrópoli colonial, como fuente o causa de conflicto. Posteriormente, en el contexto del siglo XIX, el destino manifiesto, la doctrina Monroe y el panamericanismo se enfocaban hacia la “protección” de las Américas y al ejercicio de un rol como salvaguarda o valladar ante las amenazas externas. En otro sentido, más allá de los lugares comunes que constituyen las realidades de que en ninguna de las dos guerras mundiales fue invadido el territorio de los Estados Unidos, y de que, en rigor, el país nunca fue escenario, durante el siglo XX, del dramatismo de la destrucción y la

guerra, hay que recordar que la única situación así conocida en la historia norteamericana sería aquella, en 1814, cuando el ejército británico ocupó la ciudad de Washington y prendió fuego al Capitolio y la Casa Blanca, en el marco de confrontación con las potencias coloniales europeas, en el siglo XIX. El enemigo actuaba, desde esta perspectiva, “dentro” del país, pero era un enemigo “externo”. Desde luego, tales codificaciones no operaban aún en el pensamiento político norteamericano de modo explícito. Eran aún los tiempos en que la joven nación estadounidense pugnaba por consolidarse, cuando el signo revolucionario denotaba al naciente Estado burgués que enfrentaba la dominación colonial del Viejo Mundo. En aquel entonces, si bien la vocación expansionista estaba prácticamente esbozada desde el fragor de la revolución de independencia, aún no se habían decretado el monroísmo ni el destino manifiesto como soportes doctrinales del hegemonismo hemisférico ni había comenzado el avance hacia el Oeste. Sin embargo, las consideraciones que colocaban, por ejemplo, a los indios nativos (los reales pobladores autóctonos, que ya estaban allí) y a los negros procedentes de África (esclavizados y llevados allí a la fuerza), en niveles infrahumanos que justificaban el desprecio, la sumisión y el exterminio mediante la violencia masiva, estaban prefiguradas en la cultura política estadounidense con anterioridad al advenimiento de la fase imperialista. Sus causas estaban en las peculiaridades históricas relacionadas con la colonización inglesa en América del Norte, se vinculaban a las características de su territorio y población y a la manera *sui generis* en que se implantaron las relaciones de producción capitalistas, el liberalismo, las tradiciones morales y religiosas europeas, en ausencia de estructuras feudales o absolutistas contra las cuales reaccionar.

Como es bien conocido, la colonización inglesa se inicia en el siglo XVII por los territorios norteamericanos en los que se establecen las trece colonias, teniendo como protagonistas a individuos que actuaban como portadores materiales y espirituales del modo de producción capitalista, del mercantilismo, las relaciones clasistas en que estaban inmersos, la ideología política liberal y el puritanismo protestante, prevalecientes en su país de origen. Los rasgos de la Norteamérica de entonces, sin instituciones feudales, con una población india nativa cuyo nivel de desarrollo civilizatorio era inferior al de las culturas indígenas de Mesoamérica, se traducían prácticamente en una falta de contrapeso a la carga ideológica y cultural de los colonizadores ingleses.

La heterogeneidad socioclasista de estos últimos, junto a las difíciles condiciones de la temprana vida colonial, que exigían gran fuerza de voluntad a los pobladores y la creciente conciencia de autonomía frente a la metrópoli británica, propiciaron la gestación de valores que, de manera ecléctica, se irían

fundiendo en el crisol norteamericano, a tono con las circunstancias encontradas y con las que se iban creando y transformando a lo largo del proceso de desarrollo de las colonias, primero, y de formación de la nación, después. En ese sentido, tanto por acción como por reacción, se van instalando los componentes centrales del mosaico ideológico y cultural de lo que sería posteriormente la sociedad estadounidense: liberalismo, individualismo, idealismo, exaltación de la propiedad privada, sentido mesiánico, sentimiento antiestatal, apego a la tradición. De esa síntesis emergería lo que algunos autores han denominado como “el credo norteamericano”, es decir, una suerte de consenso básico (o alto nivel de acuerdo) en relación con las formas de organizar política y económicamente la vida de la nación. Ese “credo” ha servido a lo largo de la historia como fuente de identidad de los estadounidenses, toda vez que en él se mezclan y coinciden, pongamos por caso, elementos de liberalismo y conservadurismo, que en las experiencias europeas eran tendencias contrapuestas.⁸

Con independencia de las manipulaciones recurrentes, casi constantes, de que han sido objeto, esos componentes retroalimentan, desde el punto de vista ideológico y cultural, al único modo de producción que ha conocido, durante toda su historia, la sociedad norteamericana: el capitalismo, estimulando autopercepciones de superioridad, posiciones individualistas, nacionalismo chauvinista, visiones intolerantes, atravesado todo ello por una determinada predisposición al uso de la violencia, bajo condiciones supuestamente “legítimas”, avalada por la apelación necesaria que de ella hicieron los colonos, enfrentando tribus hostiles, en sus primeros tiempos, y a los soldados de la Corona, después, en el marco de la revolución de independencia.

Es ese el contexto en el que en la sociedad norteamericana florece el conservadurismo dentro de una matriz liberal, que afirma una concepción puritana, tradicionalista, intransigente, elitista, que nutre desde bien temprano la cultura nacional y se proyecta, entre otras maneras, con una orientación reaccionaria, contra toda tendencia que promueva cambios.

Con semejante amalgama, se entiende la complejidad de los valores fundamentales, que articulan las bases de la cultura política nacional en la sociedad norteamericana. La ideología de clase media, consustancial desde el punto de vista histórico a los mencionados WASP, como se le suele

⁸ Entre los autores y obras que aportan a la comprensión del llamado “credo” norteamericano, se encuentran los que se mencionan a continuación: Gunnar Myrdal, *An American Dilemma*, Panteón Books, New York, 1972; Godfrey Hodgson, *American in Our Time: From World War II to Nixon, What Happened and Why*, Vintage Books, New York, 1976; Samuel P. Huntington, *American Politics: The Promise of Disaharmony*, The Belknap Press of Harvard University, Cambridge, 1981.

denominar, trasciende su propia concepción del mundo y se extiende incluso por el resto de las clase dominantes y otros sectores de la pirámide socioclasista en los Estados Unidos, que reproducen el mismo sistema de valores reaccionarios y un patrón de comportamiento político muy parecido. Este mecanismo opera apelando a tradicionales y mitos instalados en la psicología nacional, que pueden ser compartidos tanto por la oligarquía financiera como por la población de zonas rurales o trabajadores de servicios, en áreas urbanas. Es esa propensión a un conservadurismo tradicionalista, explotado en ocasiones por pastores evangelistas, por ejemplo, que convocan a un puritanismo fundamentalista contra el aborto, o por políticos que exhortan a la segregación étnica y racial, a la discriminación contra el homosexualismo, una de las vías a través de las cuales se recrea un caldo de cultivo que alimenta la intransigencia y el empleo de la violencia. La historia pasada y reciente de los Estados Unidos evidencia numerosos casos, por ejemplo, de acciones dinamiteras contra clínicas u hospitales clandestinos que interrumpían embarazos, actos racistas contra negros y latinos, manifestaciones contra el movimiento gay, que con frecuencia incluyen la violencia verbal y física.⁹

En buena medida, podría afirmarse que orientaciones ideológicas como las descritas son las que han definido prácticas como las que han dado vida a grupos de extrema derecha, como el Ku Klux Klan, la Sociedad John Birch, la Asociación Nacional del Rifle, la Fundación Nacional Cubano-Americana, a movimientos fanáticos como los denominados “nuevo nativismo” y “derecha religiosa”, o a gobiernos como los de Ronald Reagan y George W. Bush. En esos casos, el común denominador radica en su intolerancia y en la manifestación de la cultura política de la violencia, expresadas a través de manifestaciones aberradas de racismo, antirradicalismo, xenofobia y belicismo.

A todo lo expuesto habría que agregar otro elemento o característica, relacionado con el hecho de que, si bien los Estados Unidos, desde un punto de vista histórico, han sido tradicionalmente un país laico en cuanto a su sistema político, han estado influenciado —y fuertemente— por una penetrante orientación religiosa, que se instala como factor orgánico en la cultura política nacional. En este sentido, aunque religión y política están separados a nivel de las estructuras políticas gubernamentales, en el ámbito de la cultura política aparecen mezclados, con frecuencia, especialmente ante situaciones difíciles o de crisis. Recuérdense las invocaciones religiosas de Truman, y su afirmación de que el documento político más importante en la

⁹ Un documentado estudio al respecto aparece en: Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr, *Violence in America. Historical & Comparative Perspectives*, Sage Publications, Beverly Hills, 1979.

historia estadounidense era la Biblia. En la década de 1980, Reagan hacía muchas alusiones al Todopoderoso en sus discursos sobre temas internacionales. Las frases de Bush, después del 11 de septiembre de 2001, han sido numerosas y bien conocidas. De este modo, determinadas e importantes acciones de política exterior de los Estados Unidos no solo se vinculan al interés nacional, a la seguridad nacional, sino al tema del bien y el mal, a la voluntad divina.

III

Las definiciones de la llamada “seguridad nacional”, referidas en más de una ocasión, ocupan un importantísimo lugar y papel en la cultura política norteamericana, y en particular, en la articulación de los perfiles de intolerancia, afincados en el anticomunismo y en una actitud de aparente defensa de los intereses nacionales, presentados a la opinión pública norteamericana como “en peligro”, a causa de una amenaza externa. Sobre esa base, caen por su propio peso la argumentación geopolítica, el encuadramiento bipolar y el lenguaje de las mejores tradiciones de la *guerra fría*.

En el proceso de formación de las concepciones contemporáneas sobre la “seguridad nacional” de los Estados Unidos —identificable, aproximadamente, en los primeros cinco años de la segunda posguerra— y en su ulterior desarrollo en los años de 1950 y 60, desempeñan un rol sustancial un conjunto de tendencias y tradiciones ideológicas, inherentes, como se ha indicado, a la evolución del capitalismo norteamericano y a las particularidades históricas que configuraron el sistema político y la cultura nacional en ese país.

Las condiciones en que se gesta la guerra de independencia, en las cuales emerge la nación norteamericana con su fisonomía peculiar y se consolida el país con un Estado centralizado único, junto al cuadro histórico que completan la guerra de secesión, al concluir tareas pendientes de la revolución burguesa inconclusa y la posterior reconstrucción, que propician la transición al imperialismo, configuran el marco de referencia que explica la orientación que asumen tales tendencias y tradiciones, implantadas en la historia política y cultural de los Estados Unidos.

Como consecuencia de ello, y del cambio en la condición de este país —que de deudor se convierte en acreedor— luego de la primera guerra mundial, y del fortalecimiento de su puesto como primera potencia capitalista, se afianzan cambios y rasgos cualitativos en la estructura de la sociedad norteamericana, al tiempo que se acentúan las orientaciones reaccionarias de la superestructura política. En este sentido, las expresiones ideológicas del capitalismo monopolista generado por las condiciones del imperialismo se amalgaman con

determinados valores y corrientes del pensamiento social estadounidense, cuyo sustrato material remite a los siglos XVIII y XIX. El universo de características económicas, socioclasistas, demográficas, culturales y territoriales que definen las particularidades de las relaciones de producción burguesas que se instauran desde las décadas de 1870 y 1880, consolidan el federalismo y la división de poderes bajo la forma de gobierno republicana.

Ello singulariza al sistema político norteamericano, desde entonces hasta la contemporaneidad, constituyendo, adicionalmente, un contexto histórico-social propicio para la incorporación a la letra original de la Constitución de los Estados Unidos, vigente hasta hoy desde el punto de vista de sus enunciados y contenidos, los tradicionales atributos de la democracia burguesa: la libertad de palabra, el derecho de reunión, la libre adscripción religiosa y otros, que en calidad de enmiendas legislativas (*bills*) se añaden luego mediante la llamada Carta de Derechos.

En efecto, las principales fuentes teóricas que nutren las concepciones de “seguridad nacional” en los Estados Unidos no se hallan —si se asume en visión retrospectiva— en el período de la segunda postguerra, en los años de 1950, ni en la gran depresión de 1929-33, sino en la historia misma de la formación de la nación y de su devenir, en una trayectoria que llega a la actualidad.¹⁰

Dichas fuentes se conectan, orgánicamente, en calidad de nutrientes intelectuales, con las raíces sociales ya mencionadas, consustanciales a la evolución, como ya se ha señalado, del único modo de producción que ha conocido los Estados Unidos, en su interacción con las especificidades del medio geográfico, de la población, economía y cultura de esa nación. Ambos tipos de fuentes vertebran la historia de la cultura política norteamericana y permiten esclarecer el impacto de ciertas tradiciones, de un lado, que aportan bases ideológicas a la doctrina de la “seguridad nacional” y a la legitimidad del empleo de la violencia, bajo determinadas circunstancias; y de otro, la influencia de las corrientes teóricas que contribuyen a denotar el contenido, estructura y funciones de la mencionada doctrina.

En sentido general, los antecedentes que se integran en ese ideario y le van dando cuerpo a tales definiciones doctrinales llevan al estudioso hasta las ideas de los “padres fundadores”, como George Washington, John Adams, Thomas Jefferson, James Madison, John Quincy Adams, Andrew Jackson, Alexander Hamilton, John Calhoun y otros, cuyos planteamientos, en algunos casos, conducen hasta el pensamiento político norteamericano actual. Desde

¹⁰ Este análisis se desarrolla con amplitud en un trabajo anterior. Véase: Jorge Hernández Martínez, *Seguridad Nacional y Política Latinoamericana de los Estados Unidos*, Ediciones ENPES, Ciudad de La Habana, 1990, en especial en el capítulo I.

ese punto de vista, es un lugar casi común en la historiografía estadounidense la argumentación de que, a pesar de todas sus discrepancias, Hamilton y Jefferson (es decir, la tradición federalista y la republicana) se acercaban asombrosamente, por ejemplo, en la comprensión de los principios generales de la política exterior y de las proyecciones militares, habida cuenta de que como común denominador compartían la defensa de los intereses nacionales, codificados desde una perspectiva tempranamente expansionista y geopolítica. Bajo esa perspectiva, la fuerza militar era considerada como el medio principal para resolver y regular los problemas que surgían en la política mundial, y se estimaba que los Estados Unidos no eran un Estado más en las relaciones internacionales, sino uno de características únicas y especiales, llamado además a cumplir una vocación mesiánica, lo que daría lugar al mito del excepcionalismo norteamericano y del destino manifiesto.

Ahí se puntualizan, sumariamente, los postulados de la cosmovisión original y vigente que, en materia de conceptos internacionales, se halla como telón de fondo en la historia de la cultura política norteamericana. La ascendencia histórica en los Estados Unidos del pensamiento europeo generado por figuras de inclinación conservadora, como Edmund Burke, Thomas Hobbes, o por exponentes de un liberalismo que no era antagónico con lo anterior, resulta bien conocida. Determinados preceptos formulados por estos autores, junto con algunos principios esbozados por la ideología liberal del pequeño propietario, representada por John Locke y los federalistas, se hacían compatibles o conciliables entre sí, y conformaban una suerte de espina dorsal que jerarquizaba seis grandes temas. Los mismos han mantenido su sitio en la cultura política estadounidense a lo largo de su historia, y complementan la secuencia dentro de la cual encajan, coherentemente, los aspectos antes mencionados.¹¹

La persistencia de estos temas refleja, por supuesto, una connotación tanto de carácter clasista como cultural, en el sentido de que se derivan de una

¹¹ Por su importancia, y sobre todo, dado lo ilustrativo y sugerente que resulta su conocimiento para una adecuada interpretación histórica de un fenómeno tan complejo en la sociedad norteamericana, es conveniente puntualizar los mismos: creencia en un signo divino, que va a regir el comportamiento y destino de la humanidad: un dios supremo, concepción con la cual se rompe la tríada Dios-el Rey-Hombre; inclinación hacia la vida tradicional, un alto respeto por la concepción de los valores existentes a lo largo de los siglos; convicción en que la libertad y la propiedad están intrínsecamente ligadas; creencia en la necesidad del orden y de las clases en la sociedad civilizada; absoluta fe en el valor de las normas consuetudinarias; las cosas deben ser dominadas por la razón, no por los sentimientos; convicción en la posibilidad y viabilidad de los cambios, siempre y cuando sean graduales, y no signifiquen ruptura con la estabilidad estructural existente. Este análisis se apoya en gran parte en las ideas contenidas en la antología preparada por Jay A. Sigler, *La tradición conservadora en los Estados Unidos*, Editores Asociados, México, 1972, así como en el estudio de Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

configuración peculiar de las relaciones de producción capitalistas, y de todo el sistema de político y social norteamericano. Ello permitiría afirmar, con el apoyo de numerosas investigaciones históricas, su expresión generalizada por la ideología dominante (es decir, a través de los aparatos ideológicos del Estado burgués), palpable en la conciencia social de masas. En un nivel general, se reflejan valores compartidos que se refieren a la naturaleza de la forma de gobierno, al régimen político y a los acuerdos económicos básicos de la sociedad estadounidense. Este conjunto de valores y principios aceptados mayoritariamente por las diversas clases, grupos y capas sociales, define un cuerpo o soporte altamente consensual, a lo cual se hacía referencia en el epígrafe anterior, cuya validez comprende desde el período de fundación de la nación, hasta la actualidad de los Estados Unidos. En opinión de un sociólogo renombrado en la academia anglosajona, como Gunnar Myrdal, según ya se indicaba, este fenómeno constituye un consenso esencial o “credo” norteamericano, que integra tanto dimensiones políticas como económicas.¹²

El “credo” norteamericano ha desempeñado un papel como factor de cohesión que ha permitido consolidar y mantener, entre otras cosas, un enfoque político basado en el nacionalismo y en la legitimación del nexo o unión entre los valores del capitalismo y la democracia burguesa representativa. La profunda presencia de ese “credo” en la cultura política norteamericana hace posible entender el tan alto grado de aceptación que se encuentra en la sociedad estadounidense respecto a la secuencia de valores básicos (nacionalismo/patriotismo/libre empresa/puritanismo y ética protestante/defensa ante la amenaza exterior comunista) que la componen. Están dados e implicados los elementos para la delimitación de nociones de interés nacional y, consiguientemente, de “seguridad nacional”, con ribetes de legitimidad.¹³

Estas últimas nociones se articulan en estrecha relación —ya se ha argumentado— con el marco histórico-social de la segunda posguerra, reflejan los imperativos de expansión del imperialismo norteamericano y se

¹² Nos referimos a: Gunnar Myrdal, *An American Dilemma*, Pantheon Books, Vol. I, New York, 1972, pp. 3-25.

¹³ Es decir, que en torno a esos temas es que se configure el llamado “credo” de referencia. Son valores compartidos que articulan un consenso fuertemente arraigado en la psicología nacional norteamericana, que marcan la cultura política. Del análisis que realizan sobre ello autores J. Schumpeter, R. Heilbroner, M. Weber, G. Hodgson, se concluye que dicho “credo” opera como un factor de cohesión nacional; de ahí la importancia de la “seguridad nacional”, como pieza funcional en ese soporte ideológico. Véase Godfrey Hodgson, *America in Our Time: From World War II to Nixon, What Happened and Why*, Vintage Books, New York, 1976; Robert Heilbroner, *The Limits of American Capitalism*, Harper and Row Publishers, 1966; Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Editorial Aguilar, Madrid, 1972; Max Weber, *Economía y Sociedad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

profundizan y ensanchan bajo la influencia de una serie de corrientes filosóficas, sociológicas y políticas, que le imprimen mayor racionalidad a esas demandas expansionistas, como las que provienen de la geopolítica, el positivismo, el social darwinismo, el pragmatismo. Ello se expresa tanto a nivel interno como internacional, dentro de los cánones del referido “credo”, cuyas bases permiten el acercamiento, en las condiciones específicas de los Estados Unidos, de matrices ideológicas, como el liberalismo y el conservadurismo, que en otros ámbitos, resultarían incompatibles.

Dentro del cuadro ideológico y cultural esbozado, no resulta raro encontrar expresiones, prácticamente desde la etapa inmediata que sigue a la guerra civil, que se afirman con mayor visibilidad en períodos los posteriores a la dos guerras mundiales (es decir, los decenios de 1920 y 1950), de violencia desmedida, que no respetan normas morales o sociales, y que en ocasiones chocan además con las leyes. Se trata, principalmente, de acciones de movimientos organizados de extrema derecha, que como regla se materializa en una tendencia que aparece como respuesta ante lo que sus miembros consideran como una posible pérdida de sus derechos, o afectación de su posición como grupo ante el resto de la sociedad. Como regla, las mismas tienen lugar cuando un grupo, con base comunal, local o regional (aunque no se excluyen organizaciones de alcance nacional, definidas sobre una plataforma política), utiliza la violencia para suprimir a grupos minoritarios y cuestionar la autoridad que los protege, y en ese ejercicio, se constituyen en promotores de terrorismo interno. En su movilización confluyen factores como los analizados: el puritanismo dogmático, la intolerancia, los prejuicios religiosos, racistas, étnicos, muy vinculados al sentimiento antinmigrante.

Entre las manifestaciones mas conocidas que responden a la definición anterior se encuentran, desde luego, las que dimanen de concepciones y prácticas de extrema derecha, como las que afirman la supremacía blanca o religiosa, el rechazo a todo lo que atente contra la esencia de la cultura nacional (como los inmigrantes) y contra lo que se consideran excesos del gobierno federal, que obstaculizan la libertad individual y exigen tomarse la justicia por sus propias manos. Entre ellas pueden mencionarse el Ku Klux Klan, el Movimiento de Identidad Cristiana, las organizaciones neonazi, las de cabezas rapadas (skinheads), las llamadas Milicias y otras que integran lo que se conoce como el Movimiento Vigilante. En todos estos casos, se estimula la idea de la legitimidad de portar armas, y de realizar acciones como las de linchamientos de negros en estados sureños.

Como puede apreciarse, lo anotado conlleva definiciones que se inscriben en el patrón del terrorismo doméstico y afectan el sentido convencional de la “seguridad nacional” norteamericana, toda vez que afectan el orden interior, la

estabilidad social, la tranquilidad ciudadana y la gobernabilidad estatal. Esta situación no responde a connotaciones políticas, al menos en lo esencial, y en la mayor parte de los casos, ni siquiera las contiene. Son expresiones de una cultura de la violencia inseparable de la historia de los Estados Unidos. Sin embargo, nunca se le ha categorizado, de manera explícita y consecuente, como un problema de “seguridad nacional”, ni se les ha encuadrado en una prioridad antiterrorista ni de alcance nacional, como las diseñadas a partir de septiembre de 2001.

Desde el punto de vista político, por su parte, a lo largo de casi todo el largo período de la guerra fría, hasta 1989, el contexto sociopolítico interno en los Estados Unidos continuaría marcado por la constante ideológica del anticomunismo (generalmente asumido desde un enfoque más amplio y maniqueo, que lo ligaba a toda manifestación de radicalismo, ideas revolucionarias, posiciones progresistas, es decir, a todo proceso antisistémico o contrahegemónico a las estructuras del imperialismo norteamericano), aunque con matices en su expresión, que solo en determinadas ocasiones alcanza expresiones semejantes a las del macarthismo.¹⁴

Como ya se ha señalado (y resulta obvio), esa atmósfera represiva, intolerante, violenta, reaparece hoy, en el siglo XXI, a pesar de que ya no existe el sistema socialista mundial ni la Unión Soviética, y de que no puede hablarse de una “amenaza” comunista.

IV

En el decenio de 1980, ante la pujanza de la coalición conservadora que llevó al poder en los Estados Unidos a Reagan y las corrientes de extrema derecha, en el contexto de crisis hegemónica de ese país, se estimuló en las ciencias sociales las reflexiones acerca de las condiciones en que podían florecer comportamientos políticos que alcanzaran categoría de política estatal, con impactos internacionales importantes, emparentados con las tendencias típicas de la guerra fría. En ese marco se formularon diversas interpretaciones, entre las que sobresaldrían las que replantearon la vigencia de la misma.¹⁵ En el

¹⁴ Véase Arthur M. Schlesinger Jr. *Los ciclos de la historia americana*, Editorial REI, Argentina, S.A. 1990.

¹⁵ Algunos autores hablaron de un arreciamiento de la guerra fría. Otros categorizaron el asunto a través de la definición de una “segunda guerra fría”, sucesora de la etapa distensiva que prevaleció desde finales de los años de 1960. Los especialistas reunidos en el entonces Instituto de Estudios sobre los Estados Unidos del Centro de Investigación y Docencia (CIDE), de México —como Luis Maira, José Miguel Insulza, Arturo Borja— en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), de la UNAM (como Gregorio Selser, Antonio Cavalla Rojas, Raúl Benítez Manaut, Ricardo Córdova, Lilia Bermúdez) se referían, como regla, a la “nueva” guerra fría. En esta misma línea de razonamiento se pronunciaron los estudiosos

fondo, se trataba de que la sociedad norteamericana propiciaba la viabilidad de una tendencia que, en rigor, no había desaparecido, como muchos creyeron, de la escena política y cultural estadounidense, sino que permanecía, de manera latente, y se expresaba en el nuevo contexto como un fenómeno manifiesto, de índole sociocultural. La doble administración republicana, y marcadamente conservadora, de Ronald Reagan, prolongada con el mandato de George Bush, padre, articuló una clara etapa de endurecimiento en el clima global de las relaciones internacionales, en la que se colocaba de nuevo, como principal protagonista, la política exterior norteamericana y el diseño ideológico doctrinario que la inspiraba, aportado por una cultura política saturada de chauvinismo, nacionalismo patriotero, belicismo, anticomunismo, intolerancia nativista, superioridad racial y étnica, junto a un puritanismo evangelista, de índole fundamentalista. Así, durante más de un decenio se restableció en los Estados Unidos, a nivel no solo de la ideología política, sino de la psicología nacional, un ambiente que evocaba los tiempos del macarthismo, recuperando el espíritu de “fortaleza sitiada”, de “cacería de brujas”, el sentimiento conspiratorio.

Como se sabe, luego del paréntesis político que definió el doble período demócrata de Clinton, orientado por un “liberalismo” centrista que con rapidez se movió hacia la derecha, con el gobierno de George W. Bush, y especialmente, a partir de las medidas instrumentadas y ajustes institucionales que tienen lugar con la crisis del 11 de septiembre de 2001, renace aquél ambiente, si se quiere, en una escala ampliada. Ello conlleva redefiniciones de la seguridad nacional, estructurada en torno al supuesto enfrentamiento al terrorismo, que recupera las codificaciones de la guerra fría. Este modo de asumir las cuestiones de seguridad tiene mucha funcionalidad, en la medida en que profundiza el nivel de consenso doméstico y contribuye a mantener un clima de represión y paranoia, en el que florece de nuevo un espectro de concepciones conservadoras, de extrema derecha, populistas (con rasgos fascistas), que recrean el ambiente de los años de 1980.

argentinos Ana María Ecurra y Cayetano Dileya, así como la mayor parte de los académicos de las principales instituciones que en Cuba se ocupaban del tema, como Francisco López Segrera, Rafael Hernández, Carlos Alzugaray, Isabel Jaramillo. Roberto González lo delimitó como un proceso de consolidación de la guerra fría. Lo cierto es que la activación del pensamiento conservador, fundamentalmente *el afincado en los estudios* internacionales, como el de los exponentes del neoconservadurismo, reavivó los enfoques, encuadramientos, abordajes, que caracterizaron la mentalidad estratégica, geopolítica, bipolar, agresiva, de los llamados cold warriors, desde 1947 y durante el decenio de 1950. Además del libro ya citado de Roberto González Gómez, véase al respecto el artículo de José Miguel Insulza, “La Primera Guerra Fría: Percepciones Estratégicas de la Amenaza Soviética (1945-1967)”, Luis Maira (compilador), *Estados Unidos. Una Visión Latinoamericana*, FCE/CIDE, México, 1984.

A la par, el espíritu de triunfalismo que los Estados Unidos han procurado extender a partir de sus aventuras belicistas y genocidas en Afganistán e Irak, propician el reforzamiento y estructuración de expresiones fanáticas, saturadas de xenofobia y racismo, que tienden a profundizar esa atmósfera, que para muchos expresa incluso una especie de fascismo que renace. Ese ambiente se consolida a partir de los resultados de las elecciones presidenciales de 2004.

Estos procesos son, sin duda alguna, complejos, y requieren de una profunda mirada histórica y sociológica, y sobre todo, de la ponderación analítica entre los fenómenos que discurren al interior de los Estados Unidos y los del contexto internacional actual y futuro. Aunque existe en la sociedad estadounidense un conjunto de tradiciones y causas que explican la presencia en ella, a nivel ideológico, de tendencias que convergen en ese clima, no es menos cierto que, como ha expresado el máximo líder cubano, Fidel Castro, existen razones históricas que limitan el desarrollo del fascismo como fenómeno político-institucional en los Estados Unidos; “dentro de su sistema político se han cometido graves errores e injusticias —muchas de las cuales perduran— pero el pueblo norteamericano cuenta con determinadas instituciones, tradiciones, valores educativos, éticos, culturales que lo harían casi imposible. El riesgo está en la esfera internacional”.¹⁶ Es decir, si bien el sentido que se le atribuye de modo tradicional a cuestiones como la democracia en la sociedad norteamericana, junto a la existencia de elecciones libres, de un órgano legislativo, como el Congreso, en el que se expresa la representación estadual, entre otros aspectos, explican el funcionamiento del sistema político dentro de los marcos democráticos del liberalismo burgués, y ello es ajeno a las maneras en que el fascismo opera desde el punto de vista institucional (estableciendo la dictadura militar, suprimiendo el sufragio, los parlamentos, estableciendo el toque de queda, etcétera), no es menos cierto que en los Estados Unidos existen corrientes de pensamiento cuyos componentes son muy cercanos a la ideología fascista, y ellas se expresan en los enfoques que el gobierno traslada a la política exterior, imponiendo un derrotero que, en la práctica, asume connotaciones fascistas. Estas pautas parecen definir un proceso de transición ideológica que se manifiesta ante todo al nivel de la cultura política y del sistema de valores. Sin llegar a aceptar este punto de vista, lo cierto es que tales pautas, cuando menos, dibujan los componentes de la cultura política norteamericana de la *guerra fría*.

¹⁶ Fidel Castro Ruz, Discurso en la Tribuna Abierta del 8 de junio de 2002 en la Plaza de la Revolución “Antonio Maceo”, Santiago de Cuba. Estas ideas las reiteró en sus palabras pronunciadas el 1.º de mayo de 2003 en el acto por el Día Internacional de los Trabajadores, en la Plaza de la Revolución de La Habana, Tabloide Especial No. 7, editado por *Juventud Rebelde*, p. 14.

Diversos autores y fuentes bibliográficas calificarían como crisis de legitimidad, credibilidad, gobernabilidad o confianza, el proceso que desde finales de la década de 1970 resume en los Estados Unidos una serie de acontecimientos (como los efectos de la crisis económica de 1974-76, del escándalo Watergate y de la derrota militar en Vietnam), ante lo cual es que se movilizan las corrientes conservadoras existentes en aquél país, a través de una sostenida red de acción de medios de difusión, instituciones académicas, organizaciones religiosas, grupos de presión. Esa reacción se dirigía a una amplia gama de la población norteamericana, procurando explotar en su favor el descontento, la desmoralización y la frustración implicada ante hechos como los citados. La resultante político-ideológica de tal interacción de fuerzas se traduciría en una derechización paulatina de determinados sectores de la clase dominante que, aunque no constituyó un fenómeno de masas, tuvo no poco impacto en el electorado, lo cual propició la victoria republicana en los comicios de 1980. Ese es el cuadro en el que se configura la proyección de lo que se conoció como un “nuevo” conservadurismo.

Si bien se expandió como parte de la coalición conservadora que apoyaba a Reagan el neoconservadurismo (esa vertiente de índole intelectual, integrada por demócratas desencantados, ubicados en medios de prensa, universidades, centros de investigación, grupos especiales de trabajo, con una agenda internacional muy elaborada), también cobraron fuerza y ganaron espacio tendencias de derecha radical (o extrema derecha), portadores de una ideología fascistoide, mucho más agresiva, beligerante y reaccionaria en el plano de la política interna, de naturaleza populista y fanática, muy vinculada a aquellas expresiones que nacieron en el ámbito rural, asociado al racismo y al nativismo que siguieron a la guerra civil, en el siglo XIX, y que se estimulan en el siglo XX como reacción al auge de los movimientos sociales, la lucha por los derechos civiles y la activación de la izquierda en los años de 1960. Esta vertiente se propaga mediante organizaciones religiosas y asociaciones de la sociedad civil identificadas con la intolerancia, el segregacionismo, la violencia, el sentido de la superioridad étnica y racial. Entre ellas podría mencionarse la *Moral Majority*, el *Ku Klux Klan*, la *John Birch Society* o la *National Rifle Association*.

Así, se advierte que el conservadurismo contaba con antecedentes en la historia de los Estados Unidos, con anterioridad a la situación de 1980. Según expresara un criterio especializado, “el amplio apoyo público a estas ideas conservadoras no surgió de pronto durante la campaña presidencial de 1980, a pesar de la impresión general en contra que, sin duda, está apoyada por la tendencia de los medios noticiosos a centrarse en el hecho específico, el elemento noticia. La primera expresión crítica del resurgimiento de estas ideas

quizás pueda encontrarse en la campaña electoral de Goldwater en 1964, en la cual Ronald Reagan tuvo un papel secundario (...) la fortuna política de esas ideas ha aumentado vacilante desde entonces, con más conciencia de sí mismas y nuevos estratos, nuevos énfasis y nuevos grupos partidarios en el camino (...) el nuevo conservadurismo pareció irrumpir en la palestra política con una culminación espectacular con la elección decisiva de Ronald Reagan y en las políticas de su administración”.¹⁷

Por tanto, en cierto modo, el punto de inflexión más importante que se pueda situar desde el punto de vista contemporáneo, en cuanto a la expresión más acabada o extendida en la sociedad norteamericana de brotes de la ideología y de las prácticas políticas inspiradas en la derecha radical, o en la extrema derecha, que en buena parte empalman con concepciones de *guerra fría*, se ubica en la instalación de la llamada revolución conservadora, en el decenio de 1980, cuando toma auge el conservadurismo como fenómeno integrador, que reacciona contra el liberalismo convencional, principalmente del modo en que lo habían asumido los gobiernos demócratas, desde el *New Deal* hasta Carter. Vale la pena precisar, entonces, algunas consideraciones básicas a la hora de comprender el fenómeno del conservadurismo en los Estados Unidos, a fin de fijar sus vasos comunicantes con lo que se puede entender como una expresión de la cultura política de la *guerra fría* en ese país.

- El conservadurismo norteamericano no es algo totalmente contrapuesto, polarizado de manera absoluta, al liberalismo. Aún habida cuenta de sus diferencias incuestionables, constituyen expresiones ideológicas de un mismo signo clasista: el de la burguesía monopolista, y comparten lo que algunos autores han llamado el “credo” norteamericano.
- En la medida en que la clase dominante estadounidense no constituye un todo homogéneo, monolítico, y coexisten en ella fracciones que compiten y rivalizan, y generan visiones coincidentes, alternativas y hasta contrastantes (sin ser antagónicas), esto se refleja en el terreno de la ideología y de la cultura política, que son reflejos de los intereses y comportamientos en juego. De ahí que el conservadurismo actual no sea tampoco una entidad homogénea, a pesar de contar con un patrimonio común.
- La idea de que el discurso y la práctica del “nuevo” conservadurismo contradice la tradición liberal clásica del sistema político norteamericano y que valora las tendencias emergentes en los últimos años cual apartamiento

¹⁷ Michael W. Hughey, “El nuevo conservadurismo”, *Facetas*, No. 61, USIA, Washington D.C., 1983, p. 20. El tema ha sido tratado en diversos trabajos realizados desde el CESEU en la década de 1980 por Mery Gentile Martínez y Jorge Hernández Martínez, especialmente en el artículo de ambos, “El conservadurismo contemporáneo en la sociedad norteamericana”, *Materiales de Trabajo. Estudios e Investigaciones*, No. 2, ENPES, Ciudad de La Habana, 1988.

excepcional de la ideología y la cultura política tradicionales de la nación, no hace sino divulgar una imagen estereotipada del liberalismo burgués en el país que es el centro del imperialismo mundial. Cuando se le califica como “nuevo” al fenómeno que se afianza en los años de 1980 y renace después del 11 de septiembre de 2001, no debe perderse de vista su profunda implantación ideológica, cultural y hasta institucional en los Estados Unidos, ni su presencia, a veces, más latente que manifiesta, en la historia política de ese país.

La agresividad creciente que adquiere la política exterior de los Estados Unidos, junto al no menos definido clima interno represivo que se afirma con posterioridad a los atentados terroristas del 11 de septiembre que destruyeron las torres gemelas de Nueva York y parte de las instalaciones del Pentágono, en Washington, se evidencia a través de racionalidades y prácticas que reflejan, quizás como nunca antes, el desmedido afán expansionista, el uso de la fuerza militar, la xenofobia, el racismo, el nacionalismo chauvinista, entre otros elementos consustanciales a una proyección marcadamente reaccionaria, como la que alude el jefe de la Revolución Cubana. En esta proyección se mezclan rasgos que, en una u otra medida, están presentes en las expresiones históricas que adoptan tendencias ideológicas tan emparentadas y superpuestas, según se ha venido explicando, como el conservadurismo, la extrema derecha, el populismo y el fascismo.¹⁸ Además, asumen peculiaridades que las distinguen de sus formas clásicas europeas (Italia, Alemania, España), o de las versiones que han asumido en el contexto latinoamericano (Chile, Brasil, Argentina).

Los períodos que siguen a las dos guerras mundiales, así como la etapa que intermedia entre ambas —es decir, los decenios de 1920, 1930 y 1950— son ejemplos ilustrativos de la articulación de concepciones reaccionarias que alimentan en distinta medida, según cada circunstancia, atmósferas de oscurantismo y paranoia, en las que emergen corrientes de pensamiento, organizaciones sociales y acciones políticas de orientación sumamente conservadora, derechista, fascista, que llegan a adquirir incluso dimensiones fanáticas, en determinadas ocasiones con amparo gubernamental. En fecha más cercana, el movimiento ya referido, que en la década de 1980 aglutinó en torno un amplio espectro ideológico de fuerzas con similar orientación (neoconservadores, derecha tradicional, nueva derecha, derecha religiosa),

¹⁸ En su trabajo titulado “El fascismo eterno”, Umberto Eco precisa que aunque el fascismo posee muchas características, algunas de las cuales son típicas de otras formas de despotismo y fanatismo, basta que una de ellas esté presente para coagular una nebulosa fascista. Entre ellas menciona el rechazo al modernismo, el rechazo al pensamiento crítico, la envidia, la frustración, el elitismo, el nacionalismo, la xenofobia. *Cinco escritos morales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

reproduciría un cuadro parecido. De algún modo, se trata de antesalas que anticipan el ambiente que caracteriza la sociedad y la cultura norteamericanas después de la crisis de septiembre de 2001.

Al mismo tiempo, la tensa situación mundial que conmociona a la opinión pública y encuentra resonancia en los medios de difusión masiva, las ciencias sociales y los estudios internacionales en todas las latitudes, a raíz de la guerra desatada por los Estados Unidos en 2003 en Irak y de sus consecuencias estratégicas globales, aunque conforma un escenario de conflicto y crisis que desborda la escala regional, con proporciones dramáticamente peligrosas para la paz del orbe, sin precedentes inmediatos, no es menos cierto que tampoco constituye una coyuntura totalmente novedosa.

En anteriores oportunidades, la prepotencia imperialista de los Estados Unidos había propiciado escaladas tan agudas como la de la crisis de octubre, en 1962; o el prolongado período de “cruzada” anticomunista, bajo Reagan, en los años de 1980, en que se consolidó la guerra fría, tanto mediante intervenciones locales y regionales, como las de América Central y el Caribe, como de confrontaciones globales, con la entonces Unión Soviética y al comunidad socialista; o la guerra del Golfo Árabe-Pérsico, entre 1990 y 1991, iniciada con la invasión a Irak por el gobierno de George Bush, padre. En este último caso, ya se prefiguraba una proyección norteamericana similar a la de hoy, con un descomunal desarrollo tecnológico bélico, en ausencia de las fuerzas del socialismo mundial, y con el poderoso auxilio mediático de los aparatos de propaganda. La ocupación de Afganistán, inspirada en el pretexto antiterrorista de la lucha contra Bin Laden y la red Al Qaeda, así como la prolongada guerra en Irak, después, reditan, bajo el nuevo condicionamiento mundial —en la era que muchos denominan como de *postguerra fría*— un patrón prácticamente análogo.

De ahí que, sin dejar de reconocer los obvios cambios que han tenido lugar en la política exterior de la administración de W. Bush como respuesta a la situación creada por los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, valga la pena subrayar que ello no niega una pauta de continuidad subyacente, particularmente visible desde la década de 1980, cuando el presidente Reagan y los enfoques conservadores en boga ya citados promovían una plataforma internacional reaccionaria, en la que sobresalían componentes expansionistas, chauvinistas, belicistas, racistas, xenófobos, tan identificables con una ideología fascista como los que se advierten en el presente. El telón de fondo lo conforma ese fenómeno de transición ideológica gradual, que no se manifiesta de modo lineal, a través del cual la sociedad estadounidense se va apartando de un liberalismo tradicional, acrecienta sus componentes

conservadores —y en especial, los de extrema derecha— proyectando una silueta fascistoide, sobre todo a nivel doctrinario y de la cultura política.¹⁹

Hasta la crisis que se crea con los atentados del 11 de septiembre de 2001, podría afirmarse que, a grandes rasgos, la continuidad en las líneas principales de política exterior fue la característica predominante de la administración Bush, durante sus primeros ocho meses. Como herencia, se prolongaba la situación de carencia de una “amenaza”, que justificara la defensa de la “seguridad nacional” de los Estados Unidos, como había ocurrido con la Unión Soviética y el enfrentamiento a la supuesta expansión del comunismo a lo largo de la guerra fría. La proyección externa inicial de Bush se distinguía entonces más por sus elementos de prolongación de las pautas que le precedían, que de cambio. En sus concepciones, esa política no trascendía la retórica que argumentaba, como prioridad, el enfrentamiento a una serie de retos al poderío de los Estados Unidos a escala global o regional. En ese diseño, se distinguía la pretensión de evitar la proliferación de armas nucleares, el surgimiento de potencias regionales que pudiesen desafiar la hegemonía estadounidense, la difusión de armas químicas y biológicas y el propósito de regular las migraciones masivas descontroladas.

Permanecían también como componentes de la política exterior las metas doctrinarias que siempre han inspirado la proyección mundial de los Estados Unidos en los últimos años: la expansión de la economía de mercado, la aplicación del modelo económico neoliberal y el patrón de la democracia representativa, según los preceptos occidentales. En el contexto global del naciente siglo XXI, en ausencia de alternativas sistémicas al capitalismo, como la que representó en la época de guerra fría el socialismo mundial, el imperialismo norteamericano reforzaba su posición hegemónica, imponiéndose a sus aliados y la irradiaba a todo el sistema de relaciones internacionales, con el respaldo y viabilidad de un gigantesco poderío militar de altísima tecnología y de potentes medios de difusión masiva, manipuladores de la opinión pública en el nuevo orden mundial.

En realidad, habría que precisar que el pretendido *nuevo orden mundial*, del cual se hablaba con fuerza a partir de la prioridad que le concedió la administración de Bush, padre, quien introdujo el término, constituía, desde los primeros momentos, un cuadro ni tan ordenado ni tan novedoso. Más bien se trataba de un contexto global muy contradictorio, en el que junto a las tendencias integracionistas persistían las dimensiones conflictuales y las

¹⁹ Sobre el contexto véanse, entre otros: Carlos Alzugaray treto, “El 11 de septiembre y la incertidumbre”, *Revista Semanal de Radio Progreso*, diciembre de 2001; y Soraya Castro Mariño, “Los Estados Unidos: Dinámica Electoral y Reajustes Políticos”, *Cuadernos de Nuestra América*, CEA, Ciudad de La Habana, No. 30, julio-diciembre de 2002.

rivalidades interimperialistas. Más allá del desplome del socialismo europeo y de la desintegración de la Unión Soviética, existían muchos más focos de tensión que aquellos que, como los simplificara Francis Fukuyama, dimanaban de los conflictos étnicos y religiosos, o del choque de civilizaciones, en la perspectiva ulterior de Samuel Huntington. El reduccionismo y unilateralidad de los enfoques propuestos por estos ideólogos del imperialismo norteamericano es sorprendente, dado el ahistoricismo que conllevan. Cuando se pasa apresurada revista al dinamismo internacional de finales del siglo XX e inicios del XXI, podría concluirse que, en rigor, la guerra fría no ha concluido, o que, en el mejor de los casos, el término de “postguerra fría” resulta engañoso, limitado, y no refleja las reales y profundas tensiones del mundo actual.

En ese camino, en el caso de los Estados Unidos, estudios tan sugerentes como el que dirigió el sociólogo alemán Theodor Adorno (exponente del pensamiento crítico que maduró en la llamada escuela neomarxista de Frankfurt), después de concluida la segunda guerra mundial, demostraron la existencia de rasgos psicosociales en la ciudadanía norteamericana que reflejaban a cierta proclividad al coqueteo con la mentalidad fascista,²⁰ en tanto que la acuciosa investigación histórica de Cedric Belfrage desmitificaba las supuestas dimensiones pluralistas de la cultura política norteamericana, identificando lo que calificó como métodos de control del pensamiento, que articulaban una atmósfera de verdadera represión en la sociedad estadounidense.²¹ Así, Belfrage revela cómo los actores políticos de la época del macarthismo, son ejemplares “protagonistas de una inquisición”, es decir, “personas en el poder con intención de retenerlo, que identifican los mejores intereses de la nación con los suyos”, que manipulan el estado de ánimo y el clima sociopolítico interno.²²

Justamente, esa situación se reproduce a raíz del 11 de septiembre de 2001. El sentimiento de inseguridad de la población ante las acciones terroristas, que además del impacto de los hechos de ese día incluye, como ya se ha mencionado, los atentados ulteriores con ántrax, sería manipulado para alimentar un nacionalismo patriotero, chauvinista, en la población, lo cual allanó el camino para la aprobación de la llamada Ley Antiterrorista, con un respaldo casi absoluto, a pesar de las restricciones a los derechos de los

²⁰ Se trata del estudio titulado *La personalidad autoritaria*, finalizado en 1950, que puso de relieve mediante la investigación empírica, la propensión hacia valores de corte fascista, en el período posterior inmediato a la segunda guerra mundial, en que aún debería prevalecer la actitud de rechazo al fascismo.

²¹ Véase: Cedric Belfrage, *La inquisición democrática en los Estados Unidos*, Editorial Siglo XXI, México, 1972.

²² Cedric Belfrage, Ob. cit., pp. 11-12.

ciudadanos y las prerrogativas a las instituciones vinculadas a la seguridad del país para sus nuevas funciones dentro y fuera de las fronteras de los Estados Unidos. Ello también daría pie a la aceptación y legitimidad de la agresiva política exterior y de la doctrina de seguridad nacional que, desde entonces, reorientan el papel mesiánico, de gendarme internacional, de ese país.

En el marco de las medidas tomadas por la actual administración Bush, y en el mismo sentido de consolidar las estructuras relacionadas con la seguridad en el territorio nacional y fuera de este, con reajustes en las agencias y departamentos encargados de esas misiones, donde se ubican la creación del Departamento de Seguridad Interna y el Comando Norte, cuyo desempeño evidencia la capacidad demagógica y el empleo efectivo de los métodos de control que explicaba Belfrage, que llevan consigo codificaciones de la *guerra fría*.

No es ocioso reiterar, aunque en parte ya se ha comentado, que los reajustes en la doctrina de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, cambia el rumbo a las proyecciones exteriores concebidas hasta entonces. La administración Bush aprovechó, como ha sido suficientemente esclarecido en la bibliografía reciente, el rechazo internacional a las acciones terroristas para reformular la política exterior con un enfoque militarista y expansionista, que sobre la base de las clasificaciones que establece la noción de “eje del mal” y el discurso público del presidente y sus funcionarios más directamente ocupados en el acontecer mundial (Cheney, Powell, Rumsfeld, Rice) se reacomoda constantemente para legitimar los intereses imperiales, tras la cobertura que brinda la “lucha contra el terrorismo”.

En ese sentido, se expresa una síntesis de concepciones conservadoras, de extrema derecha, populistas y algunas de corte, podría decirse, fascistas, que permite manipular las justificaciones y decisiones de política exterior más diversas, a partir de lo que se supone requiere la defensa de los intereses del país y el nacionalismo norteamericano. Esta constelación político-ideológica reafirma la vitalidad de una cultura de *guerra fría*, cuyos componentes pueden ser identificados y caracterizados a nivel empírico, interpelando la realidad histórica y la contemporaneidad del acontecer norteamericano.²³

²³ Disímiles son los trabajos referidos a la escena política-ideológica y cultural que prevalece en la sociedad estadounidense luego de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, que describen e interpretan a partir de diversos datos y fuentes —estadísticas y documentales— el curso de las tendencias que se abren paso, y que permiten corroborar empíricamente las hipótesis expuestas. Véanse sobre todo los numerosos trabajos investigativos (más allá de las aproximaciones periodísticas) de autores que con un enfoque sociológico y politológico examinan el asunto con objetividad, como Noam Chomsky, James Petras, Edward Said, Gore Vidal, Howard Zinn.